

El hombre se encuentra alternativamente *siendo más y menos que hombre*; y de un contraste tan profundo emerge el sentido de la crisis que se cierne sobre los comienzos y el curso del siglo XX.

Nuestro siglo se ha sustraído a la autoridad existente pero no ha sido capaz de establecer una nueva, me refiero a autoridad espiritual, porque autoridades en el sentido jurídico de la palabra acaso no haya siglo que las haya conocido más exclusivas e irreductibles.

El pensamiento se zafó de la envoltura del mito, pero como no tenía en su poder los instrumentos necesarios para interrogar directamente la realidad, quedó suspendido en el aire entre el misterio de la religión que había rechazado y la claridad de la ciencia que todavía no había conquistado.

La filosofía académica y universitaria ha tenido que escuchar la voz de dos pensadores solitarios antiuniversitarios y antiacadémicos por excelencia. Ahí está la desesperación de Kierkegaard y el escarnio de Nietzsche.

Y como la crisis dura mucho, al hacer filosofía de la crisis, se ha acabado en la crisis de la filosofía.

Pero toda crisis metafísica va acompañada de una *crisis moral*.
Sus manifestaciones son:

- relajamiento de las creencias tradicionales,
- falta de una fe absoluta,
- incertidumbre en la determinación de fines,
- corrupción de las costumbres.

Estamos —desde el punto de vista ético— en una *época decadente*, siendo el decadentismo “el fruto lujurioso pero amargo de una cultura en disolución”, que —desde el punto de vista del obrar— se transforma en *activismo*, que es ese “hacer por el gusto de hacer”, “destruir por el gusto de destruir”, “innovar por el gusto de innovar”, ese afán de acción a toda costa, esa fiebre de obrar y de producir y de agitarse en el mundo, que ha dejado surcada la faz de nuestra civilización contemporánea, inquieta y brava, promotora de mil obras, no importa si con resultados de paz o de guerra, con tal de que fueran obras y fuente de otras obras.

Decadentismo no es activismo, pero ambos, uno en el plano del comprender, el otro en el plano del obrar, son retoños de la misma planta: ese apartamiento completo de toda autoridad fundamental del cual ha surgido la crisis, y que implica una actitud esencial y radical de desenfado frente al ser, de ruptura con la tradición, de iniciativa absoluta entre las infinitas posibilidades de existir.

Así es el hombre actual, enfrentado con las cosas como instrumentos de su propia acción y con sus semejantes como vecinos indiferentes —ese es tu problema, se dice hoy—, ese hombre que acosado, movido, apremiado por la lucha

de todos los días para procurarse lo “necesario” —ser rico es el arte de crearse necesidades— se sustrae al “*pensamiento inactivo*” que, desde los griegos, siempre ha sido señal de lo que en el hombre hay de más humano; este hombre es ciertamente el hombre anónimo, masificado que ha asomado a la superficie de la historia en la civilización de hoy.

Antes desconocido y oprimido, ahora emancipado, está determinando un *nuevo código de vida*, y es:

- más flemático en el sentir,
- más interesado en la conquista de los bienes materiales,
- más sensible al bienestar,
- más afanoso por el éxito en la lucha por la vida.

De él ha surgido, y a través de él se justifica únicamente, el *activismo* como la manera de ser de aquél que arrumbó las cadenas que lo vinculaban a una ley natural, racional o divina, y que, en una total inmersión en el mundo, proclama el triunfo de la acción como fin de sí misma, libre de todo límite que trascienda al actuar mismo y que desdeña, no habiéndose elevado nunca a su altura, “el pensamiento inactivo”.

“Que suba el avión cada vez más alto, que vuele cada vez más rápido. La carrera cobra una importancia provisional mayor que su objeto” (La París-Dakar moviliza dos mil personas y 28.000 millones de ptas.). Quienes forman parte de ella están prácticamente en la misma situación que esos viajeros de tren que tanto intrigan al Principito. Se pregunta que pretenderán buscar con tantas prisas:

“No buscan nada en absoluto, dice el guardaagujas. Van dormidos allá dentro, o si no, van bostezando. Los niños son los únicos que miran, con su nariz pegada al cristal”. Es decir, los únicos que contemplan.

El mismo autor —Saint Exupéry— escribe en “Piloto de Guerra”:

“En el dominico que reza hay una presencia densa. Ese hombre nunca lo ha sido tan plenamente como cuando le vemos postrado e inmóvil. En Pasteur, conteniendo el aliento sobre el microscopio hay una presencia densa. Pasteur nunca es más hombre que cuando observa. Entonces progresa, se apresura, avanza a pasos gigantescos, aunque parezca inmóvil, y descubre cuanto está a su alcance abarcar. Y lo mismo Cézanne, inmóvil y mudo frente a su diseño, es de una presencia inestimable. Nunca es más hombre que cuando se calla, ensaya y decide. Su lienzo es entonces más extenso que el mar”.

Y es ese hombre, tan activo y tan poco contemplativo, el que ha entrado en una profunda CRISIS ETICA.

Me doy cuenta que el aterrizaje ha sido largo, pero un modelo de hombre así, ¿puede tener ética en las relaciones internacionales? Y si la tiene ¿cómo es? Y no está de más decir lo que mi profesor de sociología nos repetía constantemente: “el

moralista afronta los problemas humanos desde la óptica del 'deber ser', el sociólogo desde lo que es".

ADVERTENCIA A PROFETAS Y MORALISTAS

Si siempre existe tensión entre el talante del hombre profético y el del político, mucho más cuando se trata de "política exterior", que es la que se realiza en las relaciones internacionales.

La cita obligada, por todos conocida, es la de Max Weber cuando escribe sobre el intelectual y el político distinguiendo entre la "ética de la convicción" y la "ética de la responsabilidad". En la misma línea y ocupándose de la "política y decisión moral", Wolfers distingue entre "ética perfeccionista" y "ética no perfeccionista", acercándose ésta a la "ética de la responsabilidad". Reducir la moral a algo muy concreto es tanto como cuadricular el círculo.

"El Sermón de la Montaña es la última palabra en ética cristiana", escribió Churchill, pero "no es en esos términos que los ministros asumirán sus responsabilidades guiando los Estados. Naturalmente luego advierten que esto no equivale a decir que la fuerza haga el derecho, sino que la moral de los Estados difiere por su naturaleza de la de los individuos". Y así Schlesinger afirma con rotundidad: "Los santos pueden ser puros, pero los estadistas deben ser responsables. Como mandatarios de otros, deben defender intereses y comprometer principios. En consecuencia, la política es un campo donde los juicios prácticos y prudentes deben tener prioridad sobre los veredictos morales".

Carr opina con claridad que "la moralidad sólo puede ser relativa, no universal. La ética debe interpretarse en términos de política; y la búsqueda de una norma ética fuera de la política está condenada a la frustración".

"Tanta relatividad moral —dice Mestre Vives— nos conduce a morales *ad hoc*, a morales de circunstancia, de situación". ¿No será más lógico hablar de amoralidad, puesto que "el poder es amoral", como dice Lefever?, o bien Schlesinger, según el cual "la materia prima de los asuntos exteriores es, la mayor parte del tiempo, moralmente neutral o ambigua" por lo que "para la gran mayoría de las transacciones de política exterior los principios morales no pueden ser decisivos 'excepto en' cuestiones de último recurso". Y sigue diciendo Lefever que hay enfoques filosóficos que lo mismo pecan del vicio del "distanciamiento político" que del de "arrogancia de cruzada". "Los idealistas racionales, frustrados por las tercas realidades políticas, a veces degeneran en sentimentalistas cuya estridente demanda de perfección se convierte en un sustituto de conducta responsable. Cuando la pureza personal se hace más importante que la efectividad política, el distanciamiento resultante es virtualmente indistinguible del de los maquiavélicos que únicamente insisten que sólo la fuerza hace el derecho". Lo que prevalece en la aproximación moralística es su tendencia a "preocuparse por el presente, ser negligente del pasado y descuidar el futuro".

enfocando los problemas desde lo que se ha llamado “pecado de actualidad” y con la “insistencia de soluciones rápidas”, cuando lo que reclama la elección moral es una estimación entre la multiplicidad de causas, alternativas y consecuencias.

Schlesinger acusa a los moralistas que ven en la política exterior como un instrumento para “registrar virtuosas actitudes” y no para influenciar acontecimientos. El que “convierte conflictos de interés y circunstancia en conflicto del bien y del mal necesariamente se inviste a sí mismo de una superioridad moral”.

Y como final de estas advertencias oigamos al Profesor Aranguren:

“Es preciso reconocer —decía— frente al irritante idealismo moral, que se mueve entre la utopía inane y el enmascarado fariseísmo, la parte de razón que asiste al realismo político. La única manera de conservar las manos limpias es... no tener manos, ser inoperante políticamente, limitarse a decir ‘no’. Entonces es fácil, incluso aún cuando haya que morir por ese ‘no’. Los moralistas a ultranza suelen ser, por lo general, quienes, previa renuncia a toda responsabilidad política directa, sin participar realmente en la gestión de la cosa pública, se limitan a criticarla desde fuera, ayunos de soluciones que sean, a la vez, constructivas y morales. En efecto, las pocas veces que apuntan una solución, suele ser, o bien irrealista y completamente utópica, o bien disfrazada —incluso a sus ojos y entonces el disfraz es perfecto— de moral”.

EL INTERES NACIONAL

Posiblemente la regla más manejable de la moral en cuestiones de relaciones internacionales la aporte Schlesinger. No podemos aplicar absolutos en situaciones fluidas y sutiles. La clave la ofrece el “interés opcional”, por muy problemático que se presente. Aplauda la opinión de Morgenthau que piensa que pueden lograrse compromisos con intereses, no con principios. El interés nacional como concepto presupone un “factor limitador”. Quienquiera que defienda su idea deberá reconocer la existencia de intereses legítimos en otros países, con los cuales el conflicto internacional queda contenido dentro de unos límites. La consideración y “aunción de que otras naciones tienen tradiciones, intereses, valores, derechos y obligaciones propios es el comienzo de una verdadera moralidad de los Estados”.

Raymond Aron es un notorio crítico del concepto y de quienes lo utilizan. “Invocar el interés nacional —dice— es una manera de definir no una política sino una actitud, de polemizar contra los ideólogos de la paz eterna, del derecho internacional, de la moral cristiana o kantiana, contra los representantes de grupos particulares que confunden sus propios intereses con los de la colectividad en su conjunto y a través del tiempo”. Mientras el “interés nacional” no sea rigurosamente definido, cuanto se haga o no se haga podrá remitirse a él.

Sin embargo, reconoce que tiene la virtud de actuar con un valor más real que tanta abstracción suelta. “En otros términos, los teóricos del interés nacional nos ponen justamente en guardia contra el furor ciego de la ideología. Pero cometen el error de tomar por la esencia de la política internacional una práctica y una teoría de épocas felices donde, en el interior de una civilización estabilizada, las rivalidades entre Estados se mantenían dentro de límites trazados por un código no escrito de lo legítimo y lo ilegítimo”.

Efectivamente se ha podido decir que “la ideología es la hoja de parra de la política exterior soviética”, la cual sigue la senda histórica de defender y expandir el interés nacional. Pero eso no ocurre sólo en la Unión Soviética. No sólo son los comunistas los que usan su ideología para justificar su política. Por eso Aron arremete contra los devotos del “interés nacional”, en su sentido más crudo, desprovisto de condicionamientos ideológicos. Pues si bien es verdad que es un axioma en Rusia este pensamiento: “Es moral lo que es útil al partido comunista, e inmoral lo que no lo es”, en EE.UU. han acuñado ese criterio, tan altruista, de que “lo que es bueno para la General Motors es bueno para los EE.UU.”. Por eso Anthony Eden ha podido decir que “la política soviética es amoral; la política de EE.UU. es exageradamente moral, al menos donde están afectados intereses no americanos”.

Lo grave es que Rusia y Norteamérica son los dos únicos estados con peso y proyección mundial en las relaciones internacionales y que para que la ética tenga asiento en esas relaciones hay que evitar que el interés nacional se hinche en forma de “egoísmo nacional desenfrenado”, problema muy difícil de resolver, porque aunque la técnica y la ciencia nos facilitan la posibilidad de vivir en una civilización universal, los nacionalismos están cada vez más exacerbados. Y como botón de muestra basta el de un rector de universidad española que decía que las lenguas que se utilizarían en “su” centro serían solamente dos: el catalán y el inglés.

En la elaboración de lo que se entiende por “interés nacional” la historia ha ido configurando el estilo que cada nación tiene: “Inglaterra no tiene amigos ni enemigos permanentes; sólo sus intereses lo son”, dictaminó uno de sus primeros ministros; “Francia, ayer soldado de Dios, hoy soldado de la humanidad, siempre soldado del ideal”, dijo uno de sus presidentes de gobierno; “Prefiero perder mis dominios que ser señor de herejes”, que dijo el rey español..., aunque en todas las naciones hemos visto, repetidamente, inclinarse la ideología ante los intereses, cuando hay incompatibilidad entre la primera y los segundos.

IMPOTENCIA DE LOS POLITICOS

Los partidos políticos constituyen una maquinaria de cerco y acoso al poder del Estado, el conocido asalto al palacio de invierno en la revolución rusa. Pero “el espíritu de nuestro tiempo es no tenerlo”, escribe Salvador Giner, que añade:

“La bancarrota de la fe a partir de la ilustración fue seguida más tarde, e inesperadamente, por la del racionalismo moral mismo... nada ha venido a colmar el doble vacío dejado por el colapso de la credibilidad del sistema transcendental religioso judaico-cristiano y el de los imperativos categóricos seculares elaborados por los filósofos racionalistas en una notable pero fracasada operación de rescate”. El resultado ha sido una sociedad, “un mundo huérfano de una moral general enraizada en valores dotados de transcendencia” y en un mundo así la ética de las relaciones internacionales necesariamente brilla por su ausencia.

Nadie estamos dispensados de la vida política —preocupación por el bien común— y lo primero para resolver un problema es plantearlo bien, abarcando sus verdaderas dimensiones. Por medio de una gráfica frase nos sitúa ante el problema que estamos considerando uno de los mejores poetas contemporáneos: Borges. “La historia de las relaciones internacionales —dice— es la historia de Caín que sigue matando a Abel”.

Es cierto que Rusia y países socialistas y satélites, pero sobre todo EE.UU., Japón y Europa han constituido “un casino privado y cerrado donde alternativamente pierden y ganan sus fortunas. Allí se complacen y mienten sobre sus proyectos y coyunturas; hacen circular sus bienes y sus monedas, sus tecnologías de punta y sus emociones bursátiles. Entre tanto, el exterior, tres cuartas partes de todos los seres humanos, es sólo mendicidad, disentería y deuda externa: una especie de tundra arrasada por la calamidad, de la que apenas se oyen las voces y en donde se acumula un excedente demográfico funcionalmente convertido en excremento”. La frase es de Vicente Verdú.

Y ante este panorama, ¿qué pueden hacer los políticos?... Lo que parece que hacen: aferrarse al poder. Su tragedia es que cuando llegan al poder, están en él, pero no lo tienen. De ahí esa sensación de impotencia que ocultan con vanidades, oropeles y marbellas; y, así embriagados, llegan a creer de sí mismos que son “bienes de estado”, cuando en realidad son, muchas veces, males de sociedad.

Lo cierto es que, desde toda la serenidad posible, podemos afirmar que no ha existido una generación que tenga las manos tan manchadas en sangre como la nuestra. Las víctimas no están en las naciones pobres, sino en las naciones empobrecidas; y los verdugos no están en las naciones ricas, opulentas, sino en las naciones que roban. Por eso urge, como una obligación apremiante, recuperar el lenguaje para que las palabras ayuden a manifestar la verdad, y no a ocultarla. Nada de ayuda, nada de cooperación con los países del tercer mundo, sino que en una operación de clarificación, políticos, diplomáticos, estadistas y hombres de la calle tenemos que hablar de restitución.

Nietzsche decía que el grado de grandeza de cada hombre se mide por la cantidad de verdad que es capaz de soportar. Ciertos partidos y ciertos políticos soportan más bien poca, y en cuanto llegan al poder, una de sus primeras preocupaciones es la de establecer, de una u otra forma, la censura... Dicen que el ideal requiere la transición, pero no dicen que la transición es y será indefinida.

En política exterior no hay derecho a hacer promesas cuando se está en la oposición, y, después, cuando se llega al gobierno, traicionar esas promesas, como hemos hecho con el pueblo saharauí, comprometiendo la dignidad nacional. En un precioso libro titulado "Las Naciones proletarias", de Pierre Moussa, se lee "que a las naciones débiles se les obliga a entrar en el concierto de las naciones —diplomacia— con bagaje mental de prostitutas". Y nadie niega la capacidad científica de nuestro reciente y flamante Director General de la Unesco... pero hay que esperar a ver si tiene la fortaleza de ánimo para impulsar la Agencia de Prensa controlada por los países del Tercer Mundo, que fue uno de los problemas, quizá el más importante, que motivó la crisis de la Unesco. Porque en el mundo que nos ha tocado vivir, ciencia, sobre todo de la información, parece que hay bastante; de lo que hay déficit es de conciencia.

Reconociendo la enorme complejidad de las relaciones internacionales tenemos que intentar, desde el "optimismo trágico", que esas relaciones sean menos dramáticas, más humanas, y, para ello, todos tenemos que esforzarnos en que la pantalla del "interés nacional" no nos impida ver los grandes problemas internacionales; sin tener miedo a la invasión de los bárbaros, pues, como decía Mounier, "la gran oleada de los bárbaros está en nuestros corazones vacíos; en nuestras cabezas perdidas; en nuestras obras incoherentes; en nuestros actos estúpidos por su estrechez de miras".

- Bibliografía: Antonio Truyol, *La sociedad internacional*.
Marcel Merle, *Sociología de las relaciones internacionales*.
Mestre Vives, *La política internacional como política de poder*.
N. Bobbio, *El existencialismo*.
Raymond Aron, *Memorias*.
F. Perroux, *Perroux interroga a Marcuse*.
Id., *Economía y sociedad*.